

**Gloria Carolina Fiallo y Joaquín Sabaté**

Desde Cataluña, donde nace, veinte años atrás, el Laboratorio Internacional de Paisajes Culturales, miramos en esta ocasión hacia Chile, un país al que nos unen estrechos lazos históricos, culturales y afectivos.

Cataluña es un país pequeño en sus dimensiones (32.000 km<sup>2</sup> y 7,66 millones de habitantes), pero con una larga historia acumulada, que se hace evidente en rica variedad de sus paisajes culturales. No atesora fuentes de energía, ni recursos naturales destacables, y sin embargo fue una de las locomotoras del proceso de industrialización en España. Conserva por ello vestigios de bien diversas actividades, la mayor parte de ellos humildes, repartidos a lo largo de todo el territorio. Esta tan notable, como modesta entropía, socio- y tecnodiversa, ha dado pie a iniciativas de salvaguarda y puesta en valor, desde la elaboración de Cartas y Catálogos de paisaje, que cubren todo el país, hasta planes directores urbanísticos para salvaguardar episodios tan destacados, como las colonias textiles a lo largo de pequeños ríos, o planes urbanos de puesta en valor de vapores, fábricas y otros elementos del paisaje industrial.

Pero por su especial singularidad nos gustaría hacer referencia al sistema territorial del Museo Nacional de la Ciencia y la Técnica de Cataluña. Se trata de un conjunto interrelacionado de centros de interpretación de una treintena de actividades productivas (elaboración de lana, algodón, seda, harina, papel, corcho, cerámica, curtido de la piel, minería de sal, carbón o plomo, aserradora, fragua, tornería, estampación, hidroeléctrica, colonias textiles), que en su conjunto explican aquella modesta diversidad. Se persigue con ello un modelo flexible y adaptable a un cambio acelerado e incierto, un sistema descentralizado, para preservar y poner en valor material técnico, patrimonio construido y paisaje, en el lugar en que cada uno de aquellos paisajes del trabajo se ha enraizado. El conjunto define el relato de la industrialización catalana y de la historia de la técnica.

Chile es un gran país, que multiplica por 24 la extensión de Cataluña, hasta 756.700 km<sup>2</sup> y alcanza casi veinte millones de habitantes. Quizás la particularidad que más afecta al objeto de atención de esta publicación, sea la propia forma de un territorio, sumamente angosto y considerable extenso, casi 4.300 km a lo largo del Pacífico, entre los paralelos 17° y 56°, sin contar la superficie antártica. Dicha linealidad da lugar a una considerable riqueza cultural en una estrecha franja condicionada por la cordillera andina y por la variedad de climas y geografías, base de poblamientos y actividades muy diversas.

Incluye incluso parajes extremos, por su alejamiento de las áreas pobladas y de la idea de civilización y servicios; por sus extensiones cubiertas de hielo o de desiertos; por su clima intempestivo; por sus cumbres y recodos desafiantes. Todo ello se relaciona con una idea de remoto, de inaccesible, de aventura. Si indagamos en Internet, esta condición de extremo nos remite generalmente a paisajes latinoamericanos, como si en otros lugares del mundo ya no quedaran lugares tan singulares. Y lo hace particularmente a Chile, cuya extraordinaria geografía invita a un apasionante periplo desde los desiertos desnudos en una latitud casi tropical, hasta los confines antárticos. El Comité Interministerial para el Desarrollo de Zonas Extremas y Especiales considera como zona extrema y especial Magallanes, Arica y Parinacota, Palena, Aysén, la cordillera Araucanía y Chiloé, por tratarse de territorios caracterizados por su aislamiento crítico, escasa, y altamente dispersa población, presencia deficitaria del aparato público y bajo nivel de desarrollo socio-económico.

Y recientemente el Gobierno de Chile ha impulsado un proyecto de ley de patrimonio cultural, que recoge una innovadora categoría de paisajes culturales, definiéndolos como “aquellos territorios que representan la interacción del ser humano con el medio natural, resultado de procesos sociales, económicos y culturales, cuya presencia y expresiones materiales e inmateriales sean valoradas por ser el soporte de la memoria y la identidad de una comunidad”.

Desde el Laboratorio Internacional de Paisajes Culturales nos parece pues oportuno impulsar una reflexión sobre algunos de esos potenciales paisajes culturales, representativos de la memoria e identidad de un país como Chile.

¡Y qué mejor que hacerlo junto con el profesor Eugenio Garcés, pionero en su estudio, desde su ya lejana tesis doctoral en las oficinas salitreras, hasta los rigurosos análisis de

los procesos de poblamiento en Tierra del Fuego, o de las laderas mineras del cobre! El profesor Garcés ha dedicado muchos años al estudio apasionado de numerosos paisajes culturales chilenos; lo sigue haciendo en sus cursos académicos; y lo afronta de manera especial en este número de Identidades, que quiere ser asimismo un reconocimiento afectuoso a su labor por parte de algunos compañeros y amigos.

Arranca este número con una presentación (La naturaleza culta del paisaje) de Emilio de la Cerda, destacado impulsor de la mencionada ley, quien con precisión nos presenta los avatares del patrimonio cultural desde su encaje conceptual y su reconocimiento oficial. Emilio se detiene particularmente en lo sucedido en el territorio chileno, para introducirnos en los objetivos perseguidos por la ley de patrimonio cultural.

Es un privilegio contar con un prólogo de Pere Sala i Martí, director del Observatorio del Paisaje de Cataluña, seguramente la entidad que más ha impulsado en nuestro país el estudio y afecto por los paisajes culturales. Pere Sala ha apreciado además de cerca la realidad de numerosos paisajes culturales latinoamericanos. Por ello, su mirada, desde una atalaya singular y alejada, pero al tiempo conocedora y próxima, y por ello apasionada, tiene un interés añadido para nuestras reflexiones.

En el siguiente texto (Tres etapas en la obra del profesor Garcés), Joaquín Sabaté, que ha compartido con él varios de estos recorridos, traza una semblanza de su contribución al estudio de los paisajes culturales de Chile. Se vale para ello de una metáfora musical, desde el barroco (poblados del salitre y primeros análisis del proceso colonizador en Tierra del Fuego), al clasicismo (proyecto ALFA y puesta en valor de parajes ricos en recursos culturales al servicio de las comunidades que los construyeron), y finalmente al romanticismo (con la epopeya de describir en doce pinceladas la rica diversidad de los paisajes culturales en Chile).

El cuerpo central de esta publicación (El paisaje cultural en Chile ) le corresponde al propio Eugenio Garcés, quien partiendo del cometido inicial de una mera presentación y coordinación de los diferentes textos, aprovecha el encierro forzado de la pandemia para ofrecernos su particular selección de una docena de paisajes culturales, una narración que siguiendo, la cordillera andina, espina dorsal del país, desde el sur helado al norte desértico, narra la diversidad de sus manifestaciones geográficas y culturales. Con su particular

habilidad poética Eugenio nos regala una colección de imágenes, cartografías y reflexiones, una muestra donde diversas colectividades construyen territorios que hoy admiramos. Lo hace a través de cosmovisiones, interpretaciones y relatos.

Posteriormente invita a varios colegas y amigos a profundizar en alguno de aquellos episodios.

Así Joaquín Sabaté se refiere (Tierra del Fuego, un paisaje cultural extremo) a alguno de los trabajos desarrollados junto a Eugenio. Lo hace recordando aquel viaje iniciático a un territorio extremo, tratando de conceptualizar dicha categoría. Pero se entretiene fundamentalmente, a partir de una invitación oficial a imaginar el futuro de Tierra del Fuego, a imaginar las características de un proyecto territorial, que parte de poner en valor los recursos culturales que atesora dicho territorio al servicio de los paisanos, para que ese esfuerzo de revaloración redunde en mejorar su calidad de vida.

Franz Kroeger nos invita a un recorrido (La singularidad 46° 30' latitud sur) a través de un *transecto* entre conceptos y espacios, entre escalas, lugares y acontecimientos. Es una invitación a observar, a reconocer algo tantas veces imperceptible a primera vista. Se trata de una singular interpretación del territorio, una inmersión en el paisaje para poner en valor las relaciones entre elementos dibujados, momentos en el tiempo y el espacio resultante.

Wladimir Antivil (Trazos sobre el suelo, construcciones e intangibles) dedicó varios años a desvelar lo esencial de la construcción del territorio mapuche, en un diálogo continuo entre huellas físicas y la fuerza de lo intangible como condición básica que lo define. Nos descubre así, los vestigios de una cultura escasamente reconocida, a pesar de su persistencia en la forma del paisaje a través del tiempo.

Juan Román (El valle central de Chile a la cuadra de Talca) recuerda una caminata con Eugenio por el valle central de Chile, con tal discreta elegancia, que nos permite reseguir sus pasos en los paisajes recorridos. Teje una mezcla de fragmentos, poemas y relatos, entre sencillas imágenes que ilustran contrastes a veces imperceptibles o incluso invisibilizados por el tiempo. Nos revela en esta mezcla de miradas, un paisaje que surge caminado.

Pedro Bannen, José Rosas, Germán Hidalgo y Wren Strabucchi nos presentan un episodio fundamental en la construcción de Santiago de Chile (Paisaje cultural para la modernización de una ciudad capital). Lo hacen con el delicado rigor y precisión de tantas investigaciones previas, donde la historia urbana se muestra como secuencias de la transformación del espacio y de las propias ideas que la impulsan; articulando exploraciones de proyectos y decisiones que los estructuran, hasta consolidar ese rico paisaje cultural.

Rodrigo Pérez de Arce vuelve a mostrarnos en su artículo (Valparaíso en diez miradas) los patrones que configuran la identidad de Valparaíso. Y lo hace en esta ocasión, desde la sensibilidad de una mirada que se prolonga en exquisitos dibujos, en cuidadosos levantamientos entre escalas, espacios y situaciones temporales, en diez miradas intencionadas. Éstas insinúan de forma sutil contrastes entre lenguajes y maneras de interpretar el paisaje observado. Sus dibujos desvelan como condicionantes geográficos, infraestructuras y pequeñas edificaciones construyen paisajes, definen esa identidad.

Finalmente, Osvaldo Moreno, Emilia Román y Karina Orozco (Paisajes culturales de la sal en Chile), nos presentan las salineras artesanales como el más claro encuentro entre lo natural y lo cultural. Tras explicar el paisaje como concepto, lo ilustran con las salinas como resultado de un territorio moldeado de relaciones sociales, económicas y geográficas, de una comunidad que integra necesidades y cosmovisiones.

Este número de Identidades, especialmente dedicado a los paisajes culturales de Chile, quiere al tiempo rendir un sencillo reconocimiento al profesor Eugenio Garcés, a través del relato coral de compañeros suyos sobre algunos de dichos paisajes, a los que él, en su larga trayectoria académica, tanto ha contribuido a poner en valor.

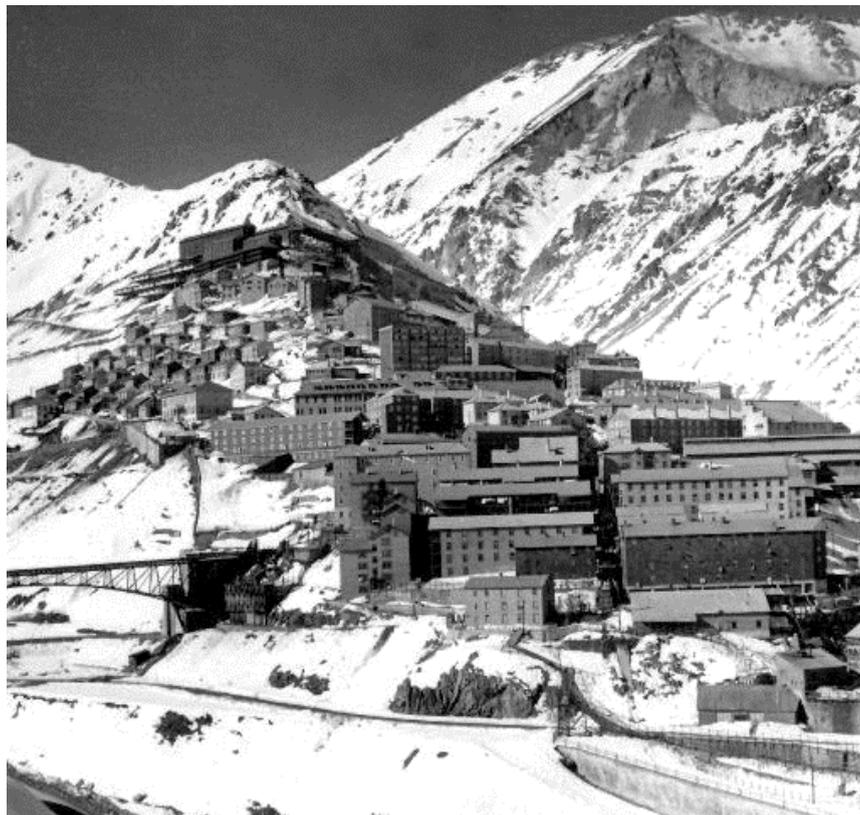


Fig 01. Campamento minero Sewell en la cordillera de la Región de O'Higgins, c. 1966. N/A. Museo Histórico Nacional